

suprema es la justicia, en la cual se comprenden á la vez el abandono y la afirmación de sí mismo. El ideal es un reino de personalidades, en que cada individuo desarrolla su personalidad de suerte que por este acto mismo ayuda á los demás hombres á desarrollar la suya. Esta concepción ofrece libre campo á todos los elementos morales alimentados por el cristianismo que son de valor duradero. Pero en tanto se considere la obediencia como la virtud cardinal, y en tanto el «deseo de amor» se limite psicológica y sociológicamente (en cuanto al motivo y en cuanto al contenido) por condiciones dogmáticas, habrá continua guerra entre la moral filosófica y la moral teológica.

#### C.—Cristianismo primitivo y cristianismo moderno.

Peró lo más grande de todo esto es la caridad.

SAN PABLO.

122.—No siempre es la misma la moral cristiana. Este hecho constituye una dificultad cuando se llega á discutir la relación entre la religión y la moral. En este examen, pensamos naturalmente en el cristianismo, porque es la religión popular á que tenemos más fácil acceso. El budhismo, la otra gran religión popular, no podría ser examinada desde este punto de vista sino por un sabio que hubiera estado personalmente en contacto con la civilización del Asia oriental. Por tanto, si nos limitamos al cristianismo, debemos al menos preguntarnos cómo ha variado la relación entre la religión y la moral durante los distintos periodos esenciales de la historia del cristianismo; porque esta relación ha variado al mismo tiempo que la de la religión con la civilización, que á su vez es variable. Por tanto, si

intentamos estimar el valor del cristianismo y de determinar los elementos de valor duradero que contiene, hemos de hacer un estudio preliminar de las distintas concepciones de la vida que han sido colocadas en el más preferente lugar en las diferentes épocas de la historia del cristianismo.

Hay tres grandes periodos ó formas esenciales del cristianismo: el cristianismo primitivo, el catolicismo y el protestantismo. No es difícil compararlos desde el punto de vista del dogma. Pero sí lo es comparar las concepciones de la vida que corresponden á las diferencias de dogmas, porque las concepciones de la vida no se formulan siempre en términos definidos; hay que buscarlas más bien en la actitud general con respecto á los bienes y á los deberes, y en su relación práctica con el desarrollo de la civilización y de la historia.

123.—La moral del cristianismo primitivo estaba determinada por la esperanza apasionada en la segunda y próxima venida de Jesús al mando. En la creencia de que iba á venir muy pronto á fundar un Reino mesiánico sobrenatural, en el cual acabaría la historia del mundo, los Apóstoles y sus sucesores inmediatos vencían la dificultad presentada por el hecho de que Jesús, el Mesías, había tenido que sufrir y que morir. La espera del Mesías por todo un pueblo proporcionaba una forma y un marco á esta creencia, y permitía también á los Apóstoles descubrir testimonios de ella en las viejas Escrituras.

El resultado fué que los hombres dejaron de considerar las condiciones terrenales y humanas. La civilización, la acción en las circunstancias temporales, la vida en la familia y en el Estado, en el arte y en la ciencia, no podían tener valor inmediato, de significación positiva. Una esperanza, inerte, pero intensa, era el estado esencial del alma. «El «Reino de Dios» no debía realizarse por un largo esfuerzo en el tiempo, sobre el terreno sólido de la naturaleza y de la vida humana, por el descubrimiento y la producción de valores. Lo único importante era estar dispuesto á

recibirle, cuando — en la misma generación presente — apareciera de manera sobrenatural en los cielos. Esta preparación era lo único que importaba, y así, no había que introducir cambio alguno en las circunstancias de la vida de entonces. Era preferible que los hombres se abstuvieran del matrimonio y dejaran de casar á sus hijas, que el esclavo no tratara de emanciparse. Estas cosas sólo merecen la menor atención posible, porque son del orden de las que van á desaparecer. Cuando los hombres de aquella época rezaban: «¡Vénganos el tu Reino!» creían, no en una vaga participación en los bienes espirituales, sino en la venida sobrenatural y á la letra del Reino mesiánico; la oración era un anhelo ardiente de ver realizarse muy pronto este advenimiento. Pero la vida fundada en esta esperanza no era una vida de sufrimiento ni de ascetismo en el sentido de la tortura de sí propio. No era una marcha fúnebre, sino un canto de victoria, porque esta esperanza viva excitaba las energías todas del espíritu. Grandes imágenes se ofrecían á la fantasía, y á veces el sentimiento era tan abrumador que faltaban palabras, y que los hombres «hablaban en lenguas», cuando el orador mismo no podía explicarse lo que le había conmovido violentamente. La revelación no había terminado con la muerte de Jesús; continuaba en el corazón de los individuos, por medio de los movimientos del espíritu sobrenatural. Si la creencia en el próximo advenimiento del Reino milenarío era el primer carácter esencial del cristianismo primitivo, el entusiasmo era el segundo. Los hombres estaban tan arrebatados de entusiasmo, que no era posible ni necesaria una organización eclesiástica perfeccionada, no más que una participación positiva en la vida social y en la civilización.

Los deberes de cultura y las nociones que á ellos se refieren no existían para la conciencia cristiana primitiva, que era arrebatada en una única dirección por fuerzas extraordinarias. Las virtudes y los deberes preconizados por la moral del cristianismo primitivo eran, pues, ante todo

los que pueden determinar la confianza y el entusiasmo. Y el gran valor de esta moral como símbolo y como ejemplo se debe á este hecho. Toda vida humana, para tener algún valor, debe transcurrir en la esperanza, y puede tomar modelo en la edad heroica del cristianismo. Y sin entusiasmo jamás se hace nada grande. Absorberse en el pensamiento de la vida, considerada como una peregrinación, y en el concepto de la vida de los primeros días del cristianismo, puede contribuir á extender el horizonte del alma. En cuanto á los deberes y á los bienes positivos actuales, que se determinan por el progreso de las luces en el hombre, y en que se fijan hoy en día nuestras concepciones morales, en vano es buscarlos en la moral del cristianismo primitivo. Porque la moral se contentaba con dejar las cosas en tal estado, mientras no distrajeran al pensamiento de la esperanza de la vida futura que iba á comenzar.

Ayudándose de una diestra exégesis, puede naturalmente hallarse en el Nuevo Testamento toda especie de cosas, hasta indicaciones sobre la manera de conducirse en condiciones de que la moral del Nuevo Testamento tenía precisamente por fin apartar la atención. Puede, por ejemplo, hallar indicaciones sobre la manera de tratar las cuestiones sociales, el feminismo, los deberes políticos, etc. La Iglesia se ha dedicado muy pronto á estas interpretaciones, que han conducido muchas veces á resultados exactamente contrarios á las declaraciones claras y terminantes del Nuevo Testamento, por ejemplo: á propósito del juramento, el «Reino de Dios» entró poco á poco en el conjunto de la cultura humana, mientras que originariamente formaba el edificio entero, y parecía no tomar nada de «este mundo». Y una expresión tal como «la prueba del espíritu y del poder» vió su sentido disiparse poco á poco, hasta olvidarse de que se refería originariamente á la manifestación de lo sobrenatural en el mundo interior y en el exterior por milagros y discursos entusiastas y proféticos, tales como los que Orígenes refiere se observaron entre sus contempo-

ráneos (161). Extensión semejante, ó si se prefiere, semejante idealización, se justifica muy bien históricamente; pero hay que recordar siempre que bajo esta nueva interpretación se esconde una readaptación en el dominio de los intereses y de los ideales. La moral comparada ha de poner en claro todo lo posible las diferencias entre las concepciones y los puntos de vista relativos á la vida, aún cuando parezcan hablar el mismo lenguaje. Es imposible descubrir una exhortación precisa para obra alguna positiva de cultura en el Nuevo Testamento, porque el pensamiento de un inmenso proceso de evolución en el tiempo, en el curso del cual la vida humana debía desarrollar lentamente sus facultades y sus fuerzas, era extraño á la concepción que representaba el Nuevo Testamento. Solamente en virtud de una reinterpretación moderna (tomando una expresión de la *Neutestamentliche Theologie* de B. Weiss) puede apelarse á las metáforas de la levadura y de la semilla, como se hace con frecuencia, para probar que formaba parte de los proyectos del cristianismo hacer levantarse, por así decirlo, la historia de la cultura humana y desenvolverse con ella. Léase el capítulo décimo del Evangelio de San Mateo, el séptimo y el catorce de la Epístola á los corintios, y, finalmente, todo el Sermón de la Montaña; olvidando la edificante interpretación común, se tendrá una impresión exacta del punto de vista del cristianismo primitivo en toda su originalidad histórica (162).

La concepción primitiva ha permanecido fiel á sus principios en todos los puntos esenciales durante los dos primeros siglos de la Era Cristiana. El periodo post-apostólico mostró, sin empobrecimiento, la creencia característica en la verdad próxima del milenario y en el valor del entusiasmo (163), mientras que Tertuliano y Orígenes atestiguan que, al fin del siglo II, estos caracteres subsistían aún. Andando los tiempos, fueron reemplazados por el desenvolvimiento especulativo del dogma y el perfeccionamiento de la organización de la Iglesia (§ 60). Con el declinar de las

esperanzas extáticas y del entusiasmo individual, una relación más positiva pudo, poco á poco, establecerse con la civilización. Pero San Agustín mismo tenía la impresión de vivir mucho más en la vejez del mundo que en un nuevo periodo de civilización. Se inclina á considerar la descripción, contenida en el Apocalipsis de Juan, de los dos jueces asentados en el reino milenario, como correspondiendo á los prelados de su tiempo (*praepositi intelligendi sunt, per quos ecclesia nunc gubernatur*) (164). ¡Ejemplo característico de la manera cómo la Iglesia transforma las concepciones del cristianismo primitivo! Sin embargo, como adversario de un estado terrenal y de una moral puramente humana, San Agustín predicaba el Reino venidero—y que debería venir de manera sobrenatural—como el solo objeto verdadero de la vida. Así, no tiene nada que objetar á la difusión del ascetismo ni á la desaparición gradual de la especie humana por la adopción, cada vez más extendida, del celibato. Si se observa en él cierta duda entre la transformación de las ideas cristianas primitivas y la adhesión á estas ideas, es á causa de una lucha interior entre dos tipos diferentes de fe religiosa, á los que ya he hecho alusión (§§ 43 y 61). La oposición entre lo mudable y lo inmutable figura claramente en primer lugar en San Agustín, y tiende á ocupar el lugar de la oposición entre el presente y el porvenir sobrenatural. Se puede reconocer aquí el influjo del platonismo, al propio tiempo que el decaer de la confianza entusiasta. El pensamiento dominante de San Agustín no es tanto que todos los bienes presentes son insignificantes en comparación de todos los bienes futuros, como que todos los bienes finitos son insignificantes á costa del bien eterno é infinito, que es idéntico á Dios. Esta oposición es el pensamiento que constantemente se sobreentiende en las *Confesiones*.

124.—El problema que el cristianismo primitivo ha transmitido sin resolver á la Iglesia que le siguió, fué resuelto por el catolicismo de una manera que atestigua el poderoso

instinto histórico de los jefes de la Iglesia. Como observa Harnack en su *Historia del dogma* (165), en esta obra concebida en el protestantismo contemporáneo, el influjo ejercido sobre el espíritu humano por el ascetismo en los siglos IV y V, y percibir hasta qué punto regía la imaginación, los pensamientos y la vida entera. Amenazó romper en pedazos la Iglesia. De una parte, multitudes de nuevos conversos, venidos de naciones extrañas, se agolpaban en la Iglesia, y ésta se vio obligada á acometer la obra de un poder educativo, civilizador y organizador. Así, se vio obligada á adoptar una concepción más amplia que las que habrían podido aceptarse en los primeros días de entusiasmo; tuvo que soportar muchas cosas que no podía impedir, y que incorporarse elementos que, en sí y por sí mismos, estaban fuera de su ideal. Hubo necesidad de hallar en el seno de la Iglesia lugar tanto para «los perfectos», que tenían todavía por criterio el ideal del cristianismo primitivo, como para los «imperfectos», que necesitaban de consuelo y de una regla de vida, pero que no estaban dispuestos á abandonar la existencia humana común. Había que conservar la unión con el ideal del cristianismo primitivo tanto como con las realidades del tiempo presente. El problema consistía en saber cómo se podría á la vez romper con el mundo y gobernarlo.

La solución ofrecida por el catolicismo consistió en reconocer diferentes grados de perfección. El monje, el sacerdote y el lego representaban cada uno un grado ó una forma del cristianismo, y la Iglesia los reconocía á todos. El mismo instinto psicológico y pedagógico que había llevado á la Iglesia á reconocer la «fe implícita» (§ 42) la llevó aquí á la distinción entre el mérito y el deber.

El monje corresponde al tipo cristiano primitivo. Responde á la pregunta: «¿Dónde está el ideal de los primeros grandes días del cristianismo? Contestando, el cristianismo podía mostrar sus monjes y sus religiosas, que, llenos del deseo de la única cosa necesaria, habían roto los lazos más

fuertes que unen al individuo á este mundo. El monje y la religiosa hacen más de lo que el deber exige al hombre: se conforman, no sólo con el mandamiento general, sino también con el consejo de perfección del Apóstol (I Cor. VII). El sacerdote representa una forma intermedia entre el monje y el seglar. Al renunciar á la vida de familia, ha seguido los consejos del Apóstol, mientras que en lo demás participa del mundo de los hombres, ofreciendo ayuda y consuelos á los que en él viven. El seglar hace vida humana, bajo todos sus diferentes aspectos, pero lucha, ayudado por la Iglesia, para no perderse en ella.

Esa es la solución más ingeniosa que, hasta el presente, se ha propuesto al problema de conservar el ideal cristiano primitivo, y, al propio tiempo, trabajar en el sentido de la civilización y del progreso, en un mundo cuya existencia prolongada ni estaba prevista ni supuesta en el momento de establecerse el ideal dicho. Esta solución toma con razón por acordado que si el Nuevo Testamento ha de seguir siendo considerado cual encerrando reglas supremas de la vida humana, hay que admitir que las condiciones de vida que supone serán duraderas. Así se ve que el cardenal Newman dice: «Si la angustia presente de que habla San Pablo no representa el estado común de la Iglesia cristiana, apenas puede decirse que el Nuevo Testamento esté escrito para nosotros, y hay que darle nueva forma antes de poder aplicarlo». Era ésta una consideración esencial á los ojos de Newman, aun en sus tiempos de protestante. Pero buscaba en vano en el protestantismo una respuesta á la pregunta: «¿Qué hemos hecho por Cristo?» Sus pensamientos seguían dirección análoga á los de Santa Teresa, cuando decía: «¿Quieres saber qué ha prestado á las palabras de los Apóstoles su ardor divino? Es que abominaban de esta vida presente y despreciaban las glorias del mundo. Á todo se atrevían por Dios». Y en una visión oyó decir al Salvador: «¿Qué sería del mundo, si no hubiera religiosos!» (166).

Y, no obstante, esta solución se funda en un error.

S. Kierkegaard ha observado justamente que el instinto del cristianismo cayó en falta cuando estableció diferentes clases de cristianos, porque abrió de esta suerte un camino para escapar al ideal, y no hubo sino demasiadas gentes que le siguieran.

La distinción entre el deber y el mérito no puede tener valor moral, sin embargo, salvo por razones superficiales. Porque si tengo facultad y posibilidad de «hacer méritos», es decir, de hacer algo que exceda de lo que comunmente se espera del hombre, es evidentemente deber mío el hacerlo. Desde el punto de vista moral, mi deber es siempre proporcionado á mis facultades; está en proporción del individuo. En moral, la tasa debe ser siempre progresiva.

«Ein jeder wird besteuert nach Vermögen». (Cada cual debe pagar según sus medios), dice Tell, cuando Hedwige se queja de las exigencias considerables de que es objeto (167). Por otra parte, la experiencia lo demuestra, los que comprenden que tienen que responder á las mayores exigencias no tienen conciencia de si éstas exceden de su deber. Hay naturalezas que sienten más vivamente el ideal, y que reconocen su acción en un dominio más extenso de lo que lo hacen sus semejantes. «Es peligroso, dice Santa Teresa, contentarse con un moderado esfuerzo cuando se trata de la eternidad». Los maestros católicos de teología moral, después de haber establecido la distinción entre el deber y el mérito, advierten en ocasiones á sus oyentes que no hagan uso de ella. Su consejo es más moral que su distinción.

125.—No se dió el protestantismo perfecta cuenta en un principio del gran problema que planteaban sus relaciones con el cristianismo primitivo. Fué un movimiento nacido de la necesidad de afirmar los derechos de la libertad de conciencia. Dado que se encontraban en el Nuevo Testamento muchas cosas que el catolicismo, por su sistema jerárquico y por su unión demasiado estrecha con el mundo, no podía reconocer ni dejar obrar libremente, se

creyó muy naturalmente en la vuelta al cristianismo primitivo. El protestantismo, sin embargo, no tardó en significar, no sólo la emancipación de la vida religiosa y una tentativa de retorno á los orígenes del cristianismo, sino también, más ó menos conscientemente, la emancipación de la vida en general con respecto á la autoridad de la Iglesia. La vida en el mundo no era considerada ya como inferior á la vida en el claustro. La perfección debe ser alcanzada, no por un ascetismo artificialmente introducido, sino por un abandono íntimo del corazón á Dios y por la confianza en Dios. Ya no se trata simplemente de soportar la vida mundana, sino de cultivarla y desarrollarla; y el individuo podía y debía encontrar su vocación ayudando á este desenvolvimiento.

Los reformadores dejaron, pues, indeterminados sus puntos de vista con respecto á los ideales y las esperanzas del cristianismo primitivo. No dieron dirección alguna precisa, por ejemplo, sobre la manera cómo deberían seguirse los preceptos del Sermón de la Montaña en las circunstancias y entre las obligaciones de la vida humana moderna. Más tarde, la Iglesia Suprema y el partido de la teología especulativa en la Iglesia protestante, concibieron la cosa de este modo: «El cristianismo primitivo es el fermento ideal, que, merced á un largo proceso de desarrollo en el tiempo, se esparce en la vida del mundo; produce la vida de la familia cristiana y del Estado cristiano, produce también la ciencia y el arte cristianos, y conduce así al desenvolvimiento del «Reino de Dios». Las concepciones primitivas de una segunda venida del Mesías y del Juicio final quedan ahora relegadas á un último término lejano y crepuscular, donde aparecen como montañas azules en el horizonte remoto. Los hombres han aprendido, en nuestros días, y experimentado muchas cosas que eran desconocidas para los autores del Nuevo Testamento, y desde luego ha llegado á evidenciarse que aquellos autores se equivocaban esperando tan pronto «la segunda venida». Este

error, sin embargo, no se considera error material, cuando ni siquiera se le refuta. Lo mismo que el catolicismo, el protestantismo se cree en relación de continuidad moral con el cristianismo primitivo. No admitirá la idea de que no ha conservado del cristianismo primitivo sino los elementos que pueden realizarse en las condiciones de la civilización moderna, ó más bien en la nueva actitud que ha tratado de adoptar con respecto á la civilización. Las gentes creen que se conforman á la moral del Nuevo Testamento, porque revisten sus principios morales con las fórmulas bíblicas. Olvidan que su situación con respecto á la civilización es totalmente distinta á la del cristianismo primitivo.

126.— En época muy reciente, sin embargo, la teología protestante ha empezado á manifestar con más claridad esta relación. Profundos estudios históricos y una mayor inteligencia de los fenómenos de la moral y de la civilización, han llevado á cierto número de teólogos y de sabios más allá del punto de vista comunmente adoptado sobre el particular por los jefes del protestantismo eclesiástico. Entre los primeros puede mencionarse á Albrecht Ritschl (en su *Geschichte der Pietismus*) y Adolfo Harnack (en su *Lehrbuch der Dogmengeschichte*).

En opinión de Ritschl, el carácter particular del protestantismo consiste en representar á los cristianos como los que, confiando en Dios, deben regir el mundo; no han de retirarse de él, como lo exigen los ascetas de la vieja Iglesia, los místicos de la Edad Media y los pietistas modernos. Según él, el pietismo ha cerrado el camino al desenvolvimiento completo del programa protestante, sobre todo porque tendía (principalmente el pietismo reformado) á restaurar el cristianismo primitivo. Según la opinión de Ritschl, se suponen los principios del luteranismo en armonía con el Nuevo Testamento, mientras que lo contrario no es exacto: la creencia en la verdad de todas las concepciones del Nuevo Testamento no se considera necesaria para la salvación. Y entre las concepciones bíblicas en que no

es necesario creer. Ritschl menciona especialmente «las esperanzas del cristianismo primitivo en lo que tienen de particular».

Según las ideas de Harnack, el cristianismo primitivo contenía algo más y distinto al «Evangelio» propiamente dicho, y el «Evangelio» no pudo aparecer en toda su pureza sino cuando este «más» y este «otra cosa» hubieron sido distinguidos de él. Lutero preparó el camino para esta separación; pero de igual modo que se equivocó al rechazar los dogmas especulativos de los Padres de la Iglesia, se equivocó también al desechar la esperanza primitiva de la cercana vuelta de Jesús, origen de la tendencia á retirarse del mundo. El distinguido historiador del dogma sabe perfectamente que la moral del cristianismo primitivo estaba determinada por la esperanza del Juicio final: así, sostiene que el «Evangelio», sobre todo tal como se presenta en el octavo capítulo de la Epístola á los Romanos y en el décimotercero de la primera Epístola á los Corintios, debe ser completado por una moral humana. «Si, en la ciencia lo mismo que en la vida del sentimiento, lográramos unir la piedad, el sentido de la vida interior y la profundidad de San Agustín, con la amplitud de miras, la actividad tranquila y enérgica y la emoción alegre y serena de los antiguos, alcanzaríamos la perfección. Goethe, en su período más hermoso, ha sabido hacer suyo este ideal, y el sentido del cristianismo evangélico reformado (si es realmente algo diferente del catolicismo), está comprendido en este ideal» (168).

Es evidente que una concepción de la vida que adopte elementos esenciales tomados de los griegos y de Goethe, debe diferir hondamente de la del cristianismo primitivo. Goethe es, propiamente hablando, el primer heraldo del evangelio perfecto. No puede lograrse una claridad completa, partiendo del punto de vista de Ritschl y de Harnack. Pero el gran mérito de estos dos pensadores estriba, á más del abundante saber que aportan con sus estudios, en

la manera cómo plantean el problema contradictorio con claridad y precisión, y arrancan el velo de ambigüedad que, en la vida presente, oculta la religión del catolicismo y del protestantismo eclesiástico con la civilización y la humanidad.

127.—En oposición á todos estos diferentes puntos de vista, querría yo adoptar uno que podría llamarse *ético-histórico*. Según esta concepción, el cristianismo es un poder espiritual que ha penetrado, y penetra todavía profundamente en la vida humana. De igual modo que, respecto á gran número de los más grandes movimientos de la civilización humana, muchos de los caracteres de su principio y de su primer desenvolvimiento seguirán siendo probablemente enigmas psicológicos é históricos, en tanto nuestros únicos métodos para comprenderlos sean los que proporcionan la historia y la psicología. Pero estos caracteres no son los únicos enigmas psicológicos é históricos. El punto más importante para nosotros resalta, no obstante, con suficiente claridad y distinción, á saber: que el cristianismo lleva el sello de las circunstancias históricas verdaderas en medio de las cuales ha nacido. El cristianismo es un movimiento oriental, lleva muy marcado el sello de su origen judío, modificado quizá por influjos persas; en el curso de su desenvolvimiento dogmático ulterior, fué determinado por el pensamiento griego, ó al menos por las formas conceptivas helénicas. Su desenvolvimiento ulterior se produjo bajo el influjo intelectual, estético, moral y social de condiciones de civilización que él mismo no había producido, y que no había supuesto en su origen. Por tal motivo, es imposible tomarlo, tal como es, como fundamento en todo tiempo legítimo de nuestra concepción de la vida y de nuestra conducta en ella. No puede darnos este fundamento más que lo puede la moral de los griegos. Mas esto no le quita su gran importancia. Sigue siendo fuente de vida en que las épocas posteriores á los orígenes toman elementos que pueden serles útiles en las condiciones actuales. Tal

es la relación que el catolicismo y los distintos movimientos protestantes han tenido en realidad con él; pero todos han velado igualmente con su silencio este proceso de elección y de eliminación. Lo que cada cual tomaba, lo consideraba lo esencial. Y ésta es también la actitud de la moral laica con respecto al cristianismo: reconoce el influjo que ha ejercido haciendo más intensa y profunda la vida espiritual, y la importancia que para él ha tenido el hecho de haber extendido, por el gran modelo que de ella nos ha dado, la doctrina del amor fraternal por la superficie del mundo todo.

Tomamos del Nuevo Testamento, como de cualquier obra espiritual, todo aquello de que podemos hacer mejor uso en nuestra economía espiritual. Hay en él pensamientos, estados anímicos, ejemplos que siempre acompañarán á la especie humana en su peregrinación. Pero en lo que toca á saber lo que empleamos, y la manera como lo empleamos, esto será determinado por nuestra experiencia personal é independiente de la vida y por nuestro medio: experiencia y medio que nos imponen obligaciones, que nos revelan bienes que no habían podido cruzar el horizonte en la época del cristianismo primitivo, en parte porque no podían conciliarse con el objetivo de la vida que entonces se adoptaba. La Biblia no nos ofrece una moral más que nos enseña la astronomía ó la historia natural, aun cuando contiene muchos elementos importantes que toda moral puede y debe encerrar en sí.

Tenemos delante la concepción cristiana y la concepción griega de la vida. Y si hay que escoger entre ellas, no es dudoso que la concepción que nosotros tengamos se acercará más á la de los griegos que á la del cristianismo primitivo. Porque nuestro objeto es descubrir y producir en el mundo de la realidad los valores en cuya conservación creemos; la misión de la moral es desplegar y hacer armónica la vida humana, á la vez en el individuo y en la sociedad. Esta misión era reconocida por los griegos. Ahora